

» haced conmigo si pienso en capitular. » El puñal, en efecto, estuvo encima de la mesa del consejo hasta que terminó la guerra. Richelieu en persona puso el sitio, pero los nobles obedecían de mala voluntad, conociendo que una vez vencedor de la Rochela se volvería contra ellos; los hugonotes se defendieron con extraordinario valor entre los horrores del hambre; los Ingleses respondieron á sus repetidos llamamientos, pero no obraron con bastante resolución, y Richelieu, como hizo Alejandro en Tiro, cerró su puerto en el Océano con un dique de cuatro mil cuatrocientos cincuenta pies. Reducidos por fin á comer cadáveres desenterrados, quedando apenas de sus veintiseis mil defensores cinco mil, creyeron llegado el momento de rendirse, y Guítón, presentando las llaves de la ciudadela, dijo: « Señor, nos honra » mas obedecer al rey que sabe tomar nuestra » ciudad, que al que no la sabe socorrer. » Las fortificaciones de la Rochela, que por espacio de dos siglos habían defendido los restos de la independencia municipal, fueron arrasadas, y los rebeldes protegidos por España, que olvidó su renombre de Católica; pero al cabo también se sometió el altivo duque de Rohan (1), y los protestantes se vieron despojados de las plazas que, por necesidad ó por generosa imprudencia, les había concedido Enrique IV.

Faltaba triunfar de la corte y abatir á los príncipes y á los grandes que se creían independientes en sus Estados ó conmovían el palacio real, y poner bajo el dominio de la ley aun á los mas elevados. Para obtener el asentimiento general, Richelieu reunió á los notables y les mostró la triste situación de la hacienda, proponiendo los medios de darle vida, entre los que figuraban la abolición de los grandes destinos, la compra de los bienes del patrimonio vendidos á poco precio, la imposición del diezmo á las pensiones y la destrucción de las fortalezas interiores. Todo como se vé, era contra los nobles, que pusieron el grito en los cielos; pero Richelieu pareció condescender con la opinión unánime. En una sola cosa fué contradicho, pero por orden suya ciertamente; propuso que se mitigasen las penas por delitos de Estado, y al poco tiempo hizo que se elevase una súplica al rey en que se pedía que conservasen su primitivo rigor: Richelieu, pues, podía castigar severamente, sin faltar á la ley.

Ya habían sido prohibidos los duelos, último refugio de las guerras privadas y miserable testimonio de nobleza; pero nada significaban

(1) Establecido el campo real delante de San Juan de Angely, ciudad municipal que defendía Rohan-Soubise, se presentó á sus puertas un heraldo de armas cubierto de flores de lis, y pidió en nombre del rey hablar á Soubise. Apenas este se presentó en el muro, el heraldo gritó: « A ti, Benjamin de Rohan, manda » tu rey, y el mio, que abras las puertas, y si no lo haces, oh » Benjamin de Rohan, yo te declaro reo de lesa majestad en » primer grado, plebeyo á ti y á toda tu posteridad, y serán » destruidas tus casas y la de todos los que te ayuden. » Rohan escuchó con la cabeza cubierta y al cabo de algun tiempo contestó: « Soy un humildísimo siervo del rey, pero » no está en mi mano ejecutar sus órdenes. »

las prohibiciones, pues que en ménos de veinte años se concedieron ocho mil cédulas de indulto á otros tantos nobles homicidas. Richelieu hizo ejecutar al pié de la letra las palabras de la ley, y el conde de Chapéles, el duque de Bouteville y otros fueron ajusticiados. Un tribunal especial, compuesto de jueces de su eleccion para conocer en los delitos de falsificación de moneda y otros crímenes particulares, se convirtió en instrumento de la severidad ó crueldad de Richelieu. Tenía guardia para la seguridad de su persona, y de la guerra que le hacían los nobles y María, le compensó el rey nombrándole primer ministro. Cuantos aprovechando un momento de desgracia, se declararon contrarios suyos, sufrieron graves castigos, para ejemplo de los demas y regocijo de Francia. Faltábale deshacerse de María, cuya presencia le recordaba su ingratitud, é indujo al rey á ponerla en una prision: favoreció, no obstante, su fuga á Brusélas, por lo que quedó fuera de Francia.

Gaston, duque de Orleans, hermano del rey, príncipe necio y ambicioso, se afilió en un partido que le halagaba con la esperanza de llegar al trono; pero su ayo, el coronel de Ornano, que era el que sembraba en su mente estas ideas, fué arrestado de improviso por el vigilante Richelieu, y al poco tiempo murió en la prision. Irritado Gaston formó otra facción, á cuya cabeza se pusieron el caballero Vendôme, gran prior de Francia, y el conde de Chalais; pero habiendo sido descubiertos, fué decapitado este último con terror de la nobleza y vilipendio de los Orleanses, cuya proteccion se vió que no basta ya á librar del suplicio. Gaston, que jamas quiso reconciliarse con el rey, casó con una hermana del duque de Lorena, con lo que se preparó la guerra civil, pero la actividad de Richelieu la disipó, de modo que tuvo que reunirse con su madre en Brusélas, ambos declarados reos de lesa majestad.

Enrique de Montmorency, duque y par, descendiente de cuatro condestables y de seis mariscales, y último vástago de la línea primogénita de aquella ilustre casa, valiente y generoso mancebo que en la batalla de Aviano se había hecho acreedor al baston de mariscal, se propuso cortar de raíz la escandalosa discordia que dividía á la familia real, dando en tierra con Richelieu. Levantó, pues, el Languedoc; Gaston se unió á él con un puñado de los suyos, pero los protestantes no lo secundaron, en tal estado de postracion se hallaban; las ciudades les cerraron las puertas y los campesinos huyeron de los pretendidos libertadores, que fueron dispersados en Castelnaudary. Carlos III, duque de Lorena, que reclutaba en España y Austria su ejército, se vió precisado á renunciar sus Estados en favor del reino, que extendió sus fronteras hasta el Mosa y el Rhin; y la nacion lorenesa pereció. Orleans se sometió, Montmorency fué herido y preso, y á pesar de las súplicas que mediaron, procesado y decapitado.

La sangre real derramada era una prueba de

que nada detenía al implacable ministro; no bastaban á librar del suplicio ni categoría, ni favor, ni mérito. Sabía que en Francia abundaban las virtudes militares, y que era tan comun en los nobles el valor cuanto rara la obediencia. Y obediencia era lo que él quería: ¡Cuánto debía gozar al ver abatidas, aunque fuera bajo el hacha, las mas altivas cervices!

Sordo á la compasion, como junta de salvacion que pretende fundar la república, Richelieu llevó la monarquía á su desarrollo por medio del verdugo: abolió las concesiones que María y Enrique se vieron precisados á hacer á la religion, al feudalismo y á las provincias, y destruyó el espíritu de nobleza y de amor patrio de que Francia vivía.

Conociendo que era odiado, procuró asegurar su posicion. Muerto el condestable, se opuso á que se proveyera su puesto; compró por un 1.000.000 el almirantazgo de Montmorency; nombrado superintendente de marina y comercio, intentó introducir algunas mejoras en tan importantes ramos, y recordando que para conducir á la reina María á Francia hubo que fletar barcos toscanos, y para sitiár á la Rochela ingleses, aprestó en dos años veintitres navíos de guerra, entre los que se consideró como una maravilla la *Corona*, de setenta y dos cañones. Solo atendía con particular interes á dos ramos de administracion, la guerra y la diplomacia: introdujo en los demas algunas economías, y moderó los gastos.

Tampoco perdía de vista el interior, á fin de destruir las causas de conmociones y turbulencias; prohibió que se insertaran en los almanaques predicciones alarmantes; instituyó un tribunal de censura literaria; señaló la hora en que debían cerrarse las tabernas; desterró la costumbre de llevar armas, y dió varias órdenes acerca de los comestibles, los carruajes y la limpieza. Habiendo hallado exhausto el Tesoro, para reanimarlo recurrió á medidas extraordinarias: el clero volvió á ser intimado ú obligado á contribuir como las demas clases; en 1629 impuso á cada libra de tabaco que no procediese de las islas francesas treinta sueldos de derechos. Favoreció los establecimientos de la Martinica, Guadalupe, la Tortuga y el Canadá, y dió impulso á las compañías no conociendo que la prosperidad nace de la libertad; reanimó el crédito público sujetando la contabilidad á reglas invariables, y cortó las dilapidaciones tan de raíz, que en el sitio de la Rochela se gastaron dos terceras partes ménos que en el de Montalban, siendo el ejército mucho mas numeroso.

Una vez libre de los obstáculos que nacieron de las guerras, de las disensiones domésticas, de las pasiones de la reina, y del espíritu revolucionario de la nobleza, Richelieu no perfeccionó, pero intentó perfeccionar la administracion: introdujo una actividad hasta entonces desconocida; acaso equivocó los medios, pero siempre tendió al engrandecimiento de Francia

por medio de la economía y el método en las distribuciones (1). Nunca se habia mostrado el poder mas fuerte para concentrar en sí todas las fuerzas sociales y sobreponerse á toda resistencia, al Austria, á la familia real y á los nobles, valiéndose, como medios de la guerra, de la marina y de la literatura. De este modo allanaba Richelieu el camino á la monarquía absoluta de Luis XIV, pero al mismo tiempo se hacía precursor de la revolucion; porque, sustituyendo la nobleza cortesana á la intrépida nobleza de provincia, arrojaba el germen de lejanas subversiones; imponiendo la obediencia, excitaba á la rebelion y destruía la idea del deber; allanando cuantos obstáculos podia hallar la voluntad de los reyes, destruía los que pudieran servir de estorbo á sus arbitrariedades, que debían provocar la reaccion; hizo omnipotentes á los ministros, pero reservando su nombramiento y su expulsion á los caprichos del rey, que no tuvo desde aquel momento ni quien le defendiera de sus propios excesos, ni participacion en el amor ni en los intereses de sus súbditos. En una palabra,

(1) « Lorsque Votre Majesté (decía el mismo Richelieu en la » *Sucinta narracion de las grandes acciones del Rey*) se résolut » de me donner en même temps et l'entrée de ses conseils et » grande part en sa confiance pour la direction de ses affaires, » je puis dire avec vérité que les huguenots partageaient » l'Etat avec elle, que les grands se conduisaient comme s'ils » n'eussent pas été ses sujets, et les plus puissants gouver- » neurs des provinces comme s'ils eussent été souverains en » leurs charges... Je puis dire que chacun mesurait son mé- » rite par son audace... et que les plus entreprenans étaient » estimés les plus sages, et se trouvaient plus souvent les plus » heureux. Je puis dire encore que les alliances étrangères » étaient méprisées, les intérêts particuliers préférés aux pu- » blics; en un mot, la dignité de Votre Majesté royale telle- » ment ravalée... qu'il était presque impossible de la recon- » naitre. »

Después pasa á enumerar las diferentes clases de guerra que se hicieron desde 1635 á 1640: « La postérité aura peine á » croire que dans cette guerre ce royaume ait été capable » d'entretenir sept armées de terre et deux navales, sans » compter celles de ses alliés, à la subsistance desquelles il » n'a pas peu contribué. Cependant il est vrai, qu'outre une » puissante armée de vingt mille hommes de pied et de six » mille chevaux, que vous avez toujours en Picardie pour atta- » quer vos ennemis, vous en avez eu une autre en la même » province composée de dix mille hommes de pied et de quatre » mille chevaux, pour empêcher l'entrée de cette frontière. Il » est vrai de plus, que vous en avez toujours eu une en Cham- » pagne de même nombre que cette dernière, une en Bourgogne » de pareille force, une non moins puissante en Allemagne, » une autre aussi considérable en Italie, et encore une autre » en Valteline pendant un certain temps. »

» Bien que vos prédécesseurs aient méprisé la mer jusqu'à » ce point, que le feu roi votre père n'avait pas un seul vais- » seau, Votre Majesté n'a pas laissé d'avoir en la mer Médi- » terrannée, pendant tout le cours de cette guerre, vingt galères » et vingt vaisseaux ronds, et plus de soixante bien équipés » en l'Océan. »

» Vous avez de plus, tous les ans, secouru les Hollandois de » douze cent mille livres, et quelquefois de davantage; et le » duc de Savoie, de plus d'un million; la couronne de Suède, » de pareille somme; le landgrave de Hesse, de deux cent mille » rixdales; et divers autres princes, de diverses autres som- » mes, selon que les occasions l'ont requis. »

» Ces charges si excessives ont fait que la dépense de cha- » cune des cinq années que la France a supporté la guerre, a » été de plus de soixante millions: ce qui est d'autant plus » admirable qu'elle a été soutenue sans prendre les gages des » officiers, sans toucher au revenu des particuliers, et même » sans demander aucune aliénation des fonds du clergé: tous » moyens extraordinaires, auxquels nos prédécesseurs ont été » souvent obligés de recourir en de moindres guerres, etc. »

Richelieu elevó la monarquía á gran altura, pero no tuvo presente que al rededor de ella, se agitaban el pensamiento y la filosofía, armas no menos poderosas é indomables.

Fray José.
1571-
1638.

Richelieu, que esclavizaba á Luis XIII, era á su vez esclavizado por el capuchino José, de la ilustre familia de los Tremblay. Conociendo su actividad y rápida concepción, se unió á él y le llamaba su brazo derecho, así como los demás le llamaban la *Eminencia gris*. Las negociaciones más difíciles en Italia, Suiza y Alemania fueron confiadas á él; Richelieu decía: *Nadie puede hacer la barba á mi capuchino, por muy larga que la lleve*. Amante de su patria y profundo político, meditaba el buen fraile una Cruzada para redimir á Grecia: gigantescos pensamientos ofreció al rey y al ministro, cuyo ánimo sostenía en sus horas de desaliento, pues la religión, que de todo hace un deber, una misión, evita que se sucumba al peso de una desventura ó de la ingratitud. Cuando próximo á devolver su alma á Dios, el cardenal le dijo: *Valor, padre, Brisac es nuestro*, un rayo de alegría brilló en sus ojos: después, como se extinguió para siempre, Richelieu exclamó: *Pierdo mi consuelo, mi único apoyo, mi confidente, mi amigo*.

Y en efecto, le necesitaba para sostenerse en medio de las conspiraciones que á su alrededor se tramaban, cuyo jefe era siempre el duque de Orleans, que hasta mandó asesinarle. Cuando en la guerra de los Treinta Años, con objeto de humillar á Austria favoreció en Alemania á los protestantes, á quienes abatía en Francia, de cuyas resultas los Españoles invadieron la Picardía, la Borgoña y la Guiena, París tembló, tembló Richelieu, y atemorizado ante la indignación pública, estuvo á punto de retirarse del ministerio; pero fray José fortaleció su ánimo, y le indujo á montar á caballo y recorrer á París sin guardia de ninguna especie, como si nada temiese. Aquel acto de valor le devolvió el aprecio del pueblo, que echó tras él aplaudiéndole; y cuando, lleno de gozo, cayó en brazos del intrépido capuchino, este le dijo: *¿No os tengo dicho que sois un pollo mojado, y que con un poco de serenidad y mala cara se arreglaría todo?*

En efecto, triunfó de sus enemigos, y se reconcilió con el duque de Orleans: el rigor reprimió los tumultos que se sucedían unos á otros á causa de los nuevos impuestos; pero en tanto el marques de Cinq-Mars tramaba una conspiración más seria. Nombrado por Richelieu caballero mayor del rey para distraerle y alejar de su lado á todo el que pudiera hacerle daño, se cansó de su oficio de espía, y creyéndose con el suficiente dominio sobre el rey, pensó explotarle en favor suyo: comenzó por reconciliarle con algunos enemigos, con los que se puso de acuerdo para derribar á Richelieu y resucitar el feudalismo. El poco reflexivo Gaston de Orleans, defraudado en sus esperanzas por el nacimiento del delfín, á

quien llamaba bastardo, formó causa común con ellos: el conde-duque de Olivares, ministro de Felipe IV, se comprometió á ayudarles. Richelieu se hallaba enfermo, pero descubrió, gracias á los espías que siempre le rodeaban, el compromiso de España con Cinq-Mars, que fué decapitado en unión del hijo del historiador de Thou; el terror obligó á confesar al abyecto Orleans, y el perdón acabó de envilecerle, cobrando nueva fuerza el poder de Richelieu, cuyo amor patrio era realzado por aquellas tramas con los extranjeros.

En la política exterior seguía los designios de Enrique IV, que tendían á establecer un equilibrio político, que sustituyese á la unidad rota por la Reforma. Con objeto de arrebatar á Austria la supremacía que hubiera podido privar á Francia de la iniciativa intelectual, poniéndose como conciliador entre Alemania y Roma, hizo la guerra á España; intervino en la guerra de los Treinta Años, y preparó una paz que devolvía á Francia la importancia de que la habían privado los discordias intestinas (1).

Fué el primer hombre de su siglo, si se tiene presente, no su moralidad, sino su intención y el verdadero modelo de un ministro, si para serlo se requieren juicio exquisito, talento suspicaz, genio capaz de idear grandes cosas, y perseverancia imperturbable para llevarlas á cabo, nada de buen corazón, de virtud y de miramientos á la moral ni á la opinión. Desde el lecho de muerte escribió al rey: *Señor, vuestras armas están en Perpiñan, y vuestros enemigos han sido muertos*. Preguntado por su confesor si perdonaba á sus enemigos, contestó: *No he tenido más enemigos que los del Estado*. María de Médicis murió pocos días antes que él. En su *testamento* se lee: « He prometido al rey emplear todo mi ingenio y la autoridad de que ha tenido á bien investirme en abatir á los hugonotes, destruir el orgullo de los nobles, reducir á todos sus súbditos al cumplimiento de sus deberes y elevar su nombre entre los extranjeros á la altura que le conviene. » Hasta tal punto supo lo que hizo, y eso que lo hizo venciendo obstáculos, intrigas y contrariedades. Todos cuantos humilló fueron sus acérrimos enemigos, además de los protestantes; de modo que se creyeron venganzas personales todo lo que era estrictamente legal é indispensable para reprimir á los nobles sublevados y á los hugonotes contumaces.

¿Quién podrá averiguar la parte verdadera ó falsa de los amores que se le atribuyen y que fueron tema de tantas anécdotas? Se propuso

(1) Richelieu en su *Testamento político* dice que siempre había tendido á la emancipación europea: si intervenía en los asuntos de Italia, de Alemania ó de los Países Bajos, era siempre por salvarlos de la opresión española y de la tiranía de la casa de Austria, cuya insaciable ambición la hacía temible, convirtiéndola en enemiga del reposo de la Cristiandad: aspiraba á detener sus usurpaciones, haciéndola restituir lo que había usurpado en Suiza é Italia, para asegurar la integridad de esta contra su injusta opresión y velar por el bienestar de toda la Italia.

agradar á la reina Ana de Austria, amalgamando la política y la galantería (1), y habiendo sido desdeñado, consiguió tenerla siempre separada del rey. Dividió entre todos sus inmensas riquezas; legó al rey el Palacio Cardenalicio que después, bajo el nombre de Palacio Real, fué el centro de la corrupción, el lujo y las intrigas. Escribía con facilidad, suministraba argumentos á los poetas cómicos para sus obras, y se tiene por suya la Historia de Mezeray y la tragicomedia de *Mirame*, « representada ante el rey y la reina con máquinas que hacían aparecer el sol y la luna y figuraban el mar á lo lejos cubierto de naves. » (MAROLLES.) Dejó también escritas algunas obras de teología, las *Memorias y el Testamento político*, manual de engaños de gabinete.

Protegió las letras, ó mejor dicho, á los escritores, que ensalzaron sus glorias prometiendo la inmortalidad, con lo que él gozaba; pues muchos hombres hay que una vez en la decrepitud, necesitan el perfume de la gloria para vivir. Bajo la presidencia de Valentin Conrart, calvinista que no tenía de sabio más que las pretensiones, reuníanse algunos para discutir sobre política y literatura. El receloso Richelieu pensó que podría poner aquellas polémicas bajo la protección, es decir, bajo la dependencia del gobierno, y aunque adivinando su intento, á ninguno agradó la proposición, ninguno se atrevió á desairarla. Y se fundó la Academia, y como todo lo demás, quedaron reducidas las letras á la disciplina monárquica. Se componía de cuarenta miembros, y para embarazarles más, dió cabida en ella á las grandes dignidades. La lengua fué su principal ocupación, y publicó el mejor diccionario que se conocía, y más de una vez aduló las pasiones del ministro, cuyos principios despóticos fueron apoyados por varios escritores. Ocupábase entónces Gabriel Naudé en escribir sus *Golpes de Estado*, en que

1635.

(1) Débense algunas particularidades acerca del modo de vivir de Richelieu á PETITOT, tomo X de la 2ª serie, pág. 100. — « A las once se acostaba, y después de dormir tres ó cuatro horas, hacía que le trajeran los despachos, y extendía ó dictaba las respuestas. A eso de las seis volvía á dormirse, y á las ocho se levantaba. Dichas sus oraciones, venían sus secretarios por las minutas: vestíase después y recibía á los ministros, con los que trabajaba hasta las diez ó las once. Oía misa, y si la estación lo permitía, se paseaba por los jardines, dando audiencia á quien la había concedido. A medio día sentábase á la mesa: tenía una para él de catorce cubiertos, otra de treinta para los nobles convidados, otra más numerosa para los pajes y empleados de su casa, y otra, por último, para los criados y cocineros, etc. Después de comer conversaba un rato con sus amigos íntimos ó con algunos literatos: el resto del día le dedicaba á trabajar y á conferenciar con los embajadores y los grandes. Por la tarde daba otro paseo recibiendo en audiencia; al volver de él, abandonando los asuntos de Estado, tocaba cualquier instrumento, leía ó hablaba, pues decía que antes de recogerse no debía tratarse de cosas demasiado alegres, ni demasiado tristes. Rara vez decía misa, pero confesaba todas las semanas y hacía que su capellan en cuanto despertaba le leyese la dominica; dormíase después para levantarse á la hora de costumbre. El papa le había dispensado de decir los oficios de cada hora. Tenía en mucho á los predicadores famosos, y los llamaba y los hacía predicar en su misma cámara; y si le agradaban, les concedía beneficios y obispados. »

santifica á lo Maquiavelo las iniquidades útiles, y dice que el fin justifica los medios: no dejó de tener esta moral algunos ingeniosos defensores; Balzac, en su libro *El príncipe*, defiende que el rey puede todo lo que quiere, y por tanto arrestar solo por leves sospechas, en abierta contradicción con lo que los Jesuitas sustentaban desde el púlpito (1).

También hubiera querido Richelieu someter la Iglesia á la monarquía, y se valió de opúsculos y manejos para deprimir la supremacía papal, hacerse nombrar legado en Francia, é incluir entre las atribuciones del gobierno la de nombrar prelados y demás cargos eclesiásticos: y como más adelante diremos, no consistió en él que Francia no llegase á ser cismática.

Lo que hemos dicho de Richelieu nos dispensa de hablar de Luis XIII, que murió poco después á los cuarenta y dos años de edad. Oscuro y melancólico, ni gustaba de los placeres de la grandeza, ni de las dulzuras de la vida privada: abandonaba sin pesar á sus amigos y á sus amadas: necesitaba ser dominado, y sin embargo, no se resignaba á la dominación. A pesar de las cábalas que contra Richelieu se urdían, y de la profunda antipatía que le inspiraba á él mismo, no pudo prescindir de él; nada hacía sin su consejo; el ministro, para hacer grande á Francia en medio de tantos enemigos, cubría la nulidad del rey. En una corte tan depravada, la religión moderó en Luis la inclinación que hacía el bello sexo sentía, y puede decirse que sus amores eran de alma á alma; pues necesitaba tener una favorita que cuidase especialmente de su persona, así como un ministro que despachase los negocios por él. Por esta razón fué tan corto el reinado de la indiscreta Hautefort como duradero el de la virtuosa y amable La Fayette. No amó á Ana de Austria, de modo que no se esperaba sucesión; pero cuando se advirtieron los primeros síntomas de embarazo, se multiplicaron las predicciones y en otras aseguró un pastor que Santa Ana le había revelado que pariría el sábado 4 de setiembre (1638). En efecto, aquella noche la reina se sintió acometida de los dolores, pero no parió hasta el 6, rodeada de reliquias y teniendo ceñido al cuerpo el cinturón de la Virgen. De este modo nació Luis XIV, único y enfermizo retoño de los Borbones, pero destinado á completar aquel edificio, cuya situación había sido indicada por Enrique IV, y cuyo terreno había sido tan implacablemente nivelado por Richelieu.

(1) « Qu'on laisse crier une vieille théologie dans les écoles » et dans les chaires, où elle enseigne qu'un petit mal est défendu, quand il en devrait naître un grand bien: si le monde ne se peut conserver que par un péché, n'est-elle pas d'avis qu'on le laisse perdre? »

Muerte
de
Luis
XIII.
1643.
14 de
mayo.